

## XLII

### LA REINA EN SAINT-CLOUD Y EN PARÍS

*Domingo, 19 agosto de 1855.* Hace un tiempo magnífico; ni una sola nube se ve en el cielo y el sol es brillante. Al despertar la reina, queda maravillada de la belleza del palacio de Saint-Cloud, de la doble perspectiva que aparece, la una por la parte del patio de honor y la otra por el lado del parque, con sus avenidas, sus estanques y surtidores, sus árboles seculares y las espesuras de flores. Apenas levantada, se pasea por el parque con el emperador; y después de almorzar se celebra un rezo protestante en una de las cámaras del palacio. La reina y el príncipe Alberto, acompañados del emperador y de la emperatriz, dan después un paseo en coche por el bosque de Boulogne. S. M. B. manifiesta el deseo de ver lo que aún queda del castillo de Neuilly, entregado á las llamas cuando estalló la revolución del 24 de febrero. Contempla con expresión melancólica los dos pequeños pabellones, restos ruinosos ahora, lejos de imaginar que los palacios de Saint-Cloud y de las Tullerías sufrirán la misma suerte que la residencia favorita del rey Luis Felipe. Por la noche se prepara la comida en la galería de Diana, tomando asiento á la mesa el general Canrobert, llegado á París el 14 de agosto, y á quien el emperador ha hecho la acogida que merecían sus cualidades y sus servicios. «Quince días ha, dice, estaba en las trincheras.» La reina conversa largo tiempo con él y le habla de las cosas de Crimea tan bien como podría hacerlo un militar. Recordando que los pescadores de Londres le han nombrado individuo de mérito de su corporación, el general dice: «Soy casi súbdito de V. M.» Y haciendo un gran elogio de lord Raglan, añade: «Era un noble caballero, cuya muerte hemos sentido mucho.» Después, haciendo alusión al descalabro del 18 de junio, dice: «Ese mató al pobre lord.» Terminada su conversación con la reina, dijo á lord Clarendon: «No conozco persona alguna que esté más al corriente de la guerra de Crimea que vuestra soberana.»

*Lunes, 20 de agosto.* La reina, el emperador y el príncipe Alberto van á visitar la sección de Bellas Artes en la Exposición universal. El príncipe Alberto observa entre otros cuadros *La Pendencia*, de Meissonier: el emperador lo comprará por veinticinco mil francos para ofrecérselo al príncipe. Después van al Elíseo, donde toman un *lunch*, comenzando luego la recepción de todo el cuerpo diplomático. Terminado el acto, el emperador y sus huéspedes suben á una

carretela descubierta, y van á la Santa Capilla y al palacio de Justicia. Al atravesar por el puente del Cambio, Napoleón III señala con el dedo la Conserjería y dice: «He ahí mi prisión de otro tiempo.» Después visitan la iglesia de Nuestra Señora, y vuelven á Saint-Cloud por los bulevares, los Campos Elíseos y el parque de Boulogne. Los adornos de la antevíspera se conservan intactos; la multitud es siempre innumerable, y las aclamaciones unánimes. Por la noche se reúnen en el palacio de Saint-Cloud los cómicos ordinarios del emperador — como se llama á los actores del teatro de la Comedia Francesa — y ejecutan *Las señoritas de Saint-Cyr*, de Alejandro Dumas. Los principales papeles se desempeñan muy bien por Agustina Brohán y por Regnier. La reina se muestra encantada del espectáculo.

*Martes, 21 de agosto.* Se va en silla de posta á Versalles con una escolta de carabineros. En la entrada de la avenida de Saint-Cloud elevase un arco de triunfo adornado con banderas reunidas de Francia y de Inglaterra; en el frontis, por el lado de la avenida de Picardía, se han inscrito los nombres Victoria y príncipe Alberto, y por el lado de la ciudad los de Napoleón y Eugenia. El emperador y la emperatriz hacen á sus huéspedes los honores del castillo de Luis XIV, donde se ven los grandes juegos de aguas. Luego visitan el gran Trianón, donde la reina quiere ver la capillita que se construyó en tiempo de la monarquía de Julio, y donde se celebró en 1838 el casamiento de la «pobre María,» como la reina llama á la hija de Luis Felipe.

Después pasan á ver el pequeño Trianón y los jardines llenos de recuerdos de María Antonieta; pasean bajo los árboles, y entran en las casitas de la aldea de la reina mártir, mientras que se oye la excelente música militar del regimiento de guías.

Por la noche salen de Saint-Cloud para ir á París, donde se da una representación de gala en la Ópera. Los guardias de París ocupan el vestíbulo y los cien guardias la escalera. El palco imperial y real se halla en el centro de la sala. La función se compone de un concierto seguido de un baile, *La Fonti*. Las piezas del concierto son: el terceto de *Guillermo Tell*, cantado por Gueymard, Obin y Merly; las variaciones de Hummel, por la Albani; el dúo de *La Reina de Chipre*, por Ronger y Bonnehée, y el bolero de *Las Visperas Sicilianas*, por Sofia Cruvelli. Después del baile, ejecutado por las señoritas Rosati y Plunkett, aparece una decoración magnífica que representa de la manera más exacta el castillo de Windsor; y los coros, en los cuales figuran todos los artistas cantantes, entonan el *God save the Queen*. Todos los espectadores, damas y caballeros, están de pie, y una vez terminado el himno nacional inglés el público se vuelve del lado de la reina, resonando en el mismo instante tres salvas de aplausos. S. M. B., muy conmovida, saluda para dar gracias, y en el momento de retirarse, cuando ha cogido ya el brazo del emperador, se vuelve á pedir á gritos el *God save the Queen*, que se comienza de nuevo en medio de entusiastas aclamaciones.

*Miércoles, 22 de agosto.* Visita á la sección industrial de la Exposición. El

emperador ofrece al príncipe Alberto un jarrón de porcelana de Sévres, representando la Exposición de 1851, organizada en Londres por el príncipe; y después de esta visita los soberanos se dirigen á las Tullerías, donde la reina examina con mucho interés las habitaciones de SS. MM. II. La reina y su familia se pasean luego de incógnito por París, en un coche ordinario, y al fin vuelven á Saint-Cloud. Los cómicos del Gimnasio ejecutan *El hijo de familia*.

*Jueves, 23 de agosto.* Visita al Louvre, y por la noche baile en el Hotel de Ville. El prefecto del Sena, barón Haussmann, es un director de escena incomparable, y ha hecho maravillas. Me acuerdo de aquella fiesta deslumbradora: la calle Rívoli iluminada en toda su extensión; la plaza del Hotel de Ville circuida de mástiles venecianos con estandartes flotantes y grandes pirámides de vasos de color, y la fachada cubierta de banderas, de trofeos y escudos. Los ángulos del edificio se indican por cordones de luces; el primer vestíbulo tiene por adorno estatuas de bronce de Luis XIV y de Francisco I; dos orquestas ocultas entre los pliegues de las colgaduras tocan en el momento de entrar SS. MM., la una el *God save the Queen*, y la otra la marcha de Gounod *Viva el Emperador*; en el fondo del patio de Luis XIV, una escalera de doble rampa, imitación de la célebre escalera de herradura Fontainebleau y que reposa sobre un vasto estanque en cuyo centro se elevan las estatuas reunidas de Francia y de Inglaterra; otras dos estatuas medio recostadas representan el Sena y el Támesis vertiendo aguas de sus urnas de cristal; la bóveda está formada por un gran velario rosa y oro; del centro del techo pende una araña enorme con quinientas bujías; en cada piso del patio de Luis XIV brilla una línea de luces; en cada ventana se ven colgaduras de terciopelo rojo con franjas de oro, adornadas con un monograma de la reina Victoria y del príncipe Alberto, del emperador y de la emperatriz; sobre la puerta principal, en medio de un trofeo, se ha puesto el doble escudo de Francia y de Inglaterra; en todas las escaleras hay rampas de flores; en todas las chimeneas, verdes espesuras, y por doquiera, fuentes y estanques rodeados de arbustos, sobrepuestos de estatuas y que lanzan el agua en brillantes surtidores.

A las diez el cortejo hace su entrada en la sala de las fiestas y sube á un estrado. El baile comienza con un rigodón de honor: Napoleón III baila con la reina, y el príncipe Alberto con la princesa Matilde, mientras que la emperatriz descansa á causa de «su estado interesante.» Después del rigodón, algunos jefes árabes, de brillante y pintoresco traje, besan la mano al emperador y á la reina. SS. MM. recorren los salones y detiéndose algunos minutos en la sala del Trono. Allí fué donde el 9 termidor Robespierre, queriendo poner fin á su vida, se fracturó la mandíbula de un pistoletazo, y en la revolución de 1848 desde aquellas ventanas Lamartine arengó durante algunas horas á la multitud que reclamaba la bandera roja. El emperador dijo á la reina: «La visita de V. M. borrará los recuerdos tristes.» Nada podía perturbar la fiesta, que parecía una visión de *Las Mil y una Noches*.

*Viernes, 24 de Agosto.* Gran revista en el Campo de Marte en honor de la reina. La emperatriz está en el mismo coche que ocupan S. M. B., la princesa Victoria y el príncipe de Gales, que viste traje escocés. El emperador y el príncipe Alberto están á caballo y se mantienen junto á la portezuela del coche, uno del lado de la reina y el otro cerca de la emperatriz. Salen de las Tullerías á las cuatro y media; atraviesan la plaza de la Concordia, el muelle y el puente de Jena, llegando al fin al Campo de Marte, donde las tropas, en número de cuarenta mil hombres, se hallan reunidas á las órdenes del mariscal Magnán. Una multitud inmensa se oprime en los declives. SS. MM. recorren al paso el frente de las tropas, y el emperador conduce á la reina, á sus hijos y á la emperatriz al gran balcón de la Escuela Militar; luego vuelve á montar á caballo, y el desfile comienza, terminando la revista á las siete de la tarde. La reina dice al emperador: «Me encanta ver vuestros magníficos soldados compañeros de las valerosas tropas que combaten con las mías en Crimea.» Napoleón III contesta: «Espero que esta alianza continuará, y que siempre podréis considerar mis tropas como las vuestras.»

Después de la revista, SS. MM. marchan directamente á los Inválidos. El general de Ornano, gobernador, no ha sido avisado hasta el último instante, y sin embargo todos los veteranos están sobre las armas. Nada tan imponente como aquella visita, que al decir de la reina es el acto más importante de su viaje, pues se ve en esto como un símbolo de la reconciliación entre los dos pueblos enemigos hereditarios. Los Inválidos han encendido hachas, y en el mismo instante estalla una tempestad, oyéndose retumbar los truenos. La reina de Inglaterra está enfrente de la tumba de Napoleón. Nos extraña que algún gran pintor no haya elegido esta escena como asunto de un cuadro.

Dejemos la palabra á la misma reina: «Yo, dice, yo la nieta del rey que odió tanto á Napoleón y le hizo tan encarnizada guerra, estoy aquí ante la tumba del emperador, junto á su sobrino, que es ahora mi más íntimo y querido aliado: el órgano de la iglesia toca el *God save the Queen*; las hachas están encendidas y al mismo tiempo estalla una tempestad. ¡Extraño y maravilloso espectáculo! Parece que este tributo de respeto á un enemigo muerto hace desaparecer toda la enemistad, todas las rivalidades, y que el sello celeste se halla estampado sobre la alianza felizmente establecida entre dos grandes y poderosas naciones. ¡Pluguiera al cielo bendecirla para que prosperase!»

A las siete y media de la tarde SS. MM. salen de los Inválidos y van á comer á las Tullerías. Pasan la noche en la Opera Cómica, donde se representa *Haydée*, de Auber, y terminada la función vuelven al palacio de Saint-Cloud.

*Sábado, 25 de agosto.* Por la mañana el emperador conduce á sus huéspedes á San Germán y les hace visitar el castillo que Luis XIV había ofrecido á Jacobo II destronado. Pasean por el bosque, y después los soberanos van al castillo de la Muerte, donde se encuentra la montería imperial, con los monteros y las jaurías. Al regresar á Saint-Cloud, los viajeros se detienen un poco en el palacio

de la Malmaison y en la fortaleza de Monte Valeriano, y por la noche se da un gran baile en el palacio de Versalles.

Los patios y el parque del palacio de Luis XIV se iluminan, y jamás la morada del rey Sol estuvo más deslumbradora. Sus líneas arquitectónicas se indican con letras de fuego. La emperatriz ha precedido á sus huéspedes en Versalles para cambiar de traje. A las nueve y cuarto el emperador, la reina, el príncipe Alberto, la princesa Victoria y el príncipe de Gales llegan en un coche delante del cual galopan monteros con hachas de viento. Se franquea la escalera de mármol, en cuyo tramo superior aparece la emperatriz magnífica, con su vestido blanco, adornado de follaje verde y de gran profusión de diamantes. «¡Qué hermosa estás!» exclama el emperador. Los guías se hallan en el vestíbulo, y los cien guardias en los peldaños de la escalera. En las habitaciones de María Antonieta se han dispuesto salones de espera y de descanso y gabinetes tapizados de damasco azul y llenos de canastillos de flores: el estilo Luis XVI florece allí en toda su belleza, y sobre colgaduras de color azul pálido se ven guirnaldas de rosas, corriéndose á manera de festones, así como una especie de plantel de grandes ramos de violetas. Obra maestra de la fábrica de Sévres, el servicio de tocador está adornado de medallones copia de Lancret y Wateau. La sala del Tragaluz, por la cual se entra en las pequeñas habitaciones de María Antonieta, se ha transformado en sala de recepción. La galería de los Espejos, donde no se había dado ningún baile desde Luis XVI, ha sido arreglada en vista de un grabado que representaba una fiesta bajo el reinado de Luis XV, y su aspecto es fantástico. En los ángulos, sobre cuatro estrados ocultos por arbustos y flores, hay cuatro orquestas invisibles de doscientos músicos, y de la bóveda penden guirnaldas enlazadas entre sí. Las girándulas, los hacheros y las arañas, reflejados á lo infinito por los espejos, derraman torrentes de luz sobre los ricos tocados y los brillantes uniformes que resplandecen. Acercaos á las ventanas y mirad el parque. ¡Qué soberbio golpe de vista! Acaban de dar las diez; los cohetes y las luces de bengala iluminan de improviso los estanques y los árboles y los surtidores de las fuentes; el gran estanque está circuido de una serie de pórticos que se destacan en luces de color sobre un fondo de verdura, enlazándose por enverjados. En el centro se eleva en forma de arco triunfal una especie de pórtico dos terceras partes mayor que los demás y que está sobrepuesto de un doble escudo de Francia é Inglaterra; bajo sus arcos hay dos estanques donde el agua, brotando á chorros, vuelve á caer en cascadas, que forman una extensión líquida, brillante de luz, en la cual nadan delfines de oro montados por amercillos que llevan guirnaldas venecianas y hacheros de globos.

Las puertas de las grandes habitaciones se han abierto, y el cortejo imperial y real entra en la galería de los Espejos, dando la reina el brazo al emperador, la emperatriz al príncipe Alberto, la princesa Matilde al príncipe Adalberto de Baviera y el príncipe Napoleón á la princesa Victoria. El cortejo atraviesa la sala del Consejo de ministros y se dirige á las habitaciones de Luis XV, desde cu-

vos balcones se ven disparar los fuegos artificiales, colocados en la extremidad del estanque de los Suizos. Doscientos cañonazos resuenan mientras que los cohetes y las bombas trazan en el aire sus luminosos surcos, que se deshacen en



Bismarck en el año 1856, copia de un dibujo de la época.

lluvias de estrellas multicolores. Después, al disiparse la nube de humo, se divisan en el horizonte las torres y las almenas del castillo de Wíndsor; la multitud profiere aclamaciones y dos orquestas colocadas en el Invernadero de los Naranjos tocan el *God save the Queen*.

El cortejo vuelve después á la galería de los Espejos, donde SS. MM. dan principio al baile á las diez y media. La reina baila dos rigodones, uno con el